

Ni el valor ni la fuerza podían servir de nada á Rodrigo. Sobre la nieve era muy fácil resbalar, y estaban tan al borde del precipicio, que el mas pequeño movimiento, una bocanada de aire podia precipitarlos. En una lucha cuerpo á cuerpo y brazo á brazo, tenían, para derribar el uno al otro, que inclinarse á derecha ó izquierda, y cualquiera de estos dos movimientos seria suficiente para que cayesen, vencedor y vencido, arrastrado el uno por el otro.

Terrible escena se preparaba.

Si suspendidos los ánimos, el corazón oprimido y atormentada el alma, habían estado don Alonso, su hijo y el infante, no menos quedaron al ver á Rodrigo, que sin remedio debia perecer, levantar orgullosamente la cabeza, asegurar los piés al borde del espantable abismo, y despues de mirar hácia abajo, decir con tranquilo acento:

—No se vé el fondo.

Y luego, clavando en el asesino una mirada penetrante y dominadora, añadió:

—¿Estás preparado?

—Sí, contestó el Brujo. El infierno nos aguarda.... ven á él conmigo.

Abrazáronse fuertemente, se estrecharon y quedaron inmóviles como si fuesen de piedra.

El doncel no pudo contener un grito.

El infante dejó escapar un terrible juramento, y su hija, que ya habia vuelto en sí, sin acertar á comprender lo que sucedia, horrorizada se cubrió el rostro con las manos.

Don Alonso tembló hasta el punto de que faltase poco para que su diestra dejase escapar el humeante pedazo de tea; su corazón dejó de palpar, y sus ojos abiertos, como si fuesen á salirse de sus órbitas, miraron con espanto el inmóvil grupo.

Corta debía ser la lucha, pero aquellos instantes eran de la mas angustiosa agonia para los espectadores.

El abismo se preparaba á recibir á aquellos dos hombres en su tenebroso seno.

—Acabemos, dijo el asesino con voz tan ahogada como si le faltase la respiracion.

—Sea, si así lo quieres, le contestó el bastardo con timbre de voz clara.

—Te resistes á que yo te arroje, y tampoco lo haces conmigo.... Me dejaré vencer.... al fin hemos de caer juntos.... ¿qué importa que yo vaya debajo?

—¿Te arrepientes de tus crímenes? preguntó Rodrigo, que parecia no hacer ninguna fuerza, segun lo claro y tranquilo de su acento.

—Me arrepiento, contestó el Brujo, que apenas podia articular una palabra, me arrepiento de haber respetado á Solís, y de no haberla matado....

—¿No temes la justicia de Dios?

—A nuestros piés está el infierno.... pero bajarás á él en mis brazos.... No te mueves.... acabemos....

El asesino hizo un esfuerzo desesperado; pero como si el cuerpo de Rodrigo fuese una columna de piedra, ni se movió ni vaciló.

—¡Dios te perdone como yo te perdono! exclamó el bastardo. El Brujo no contestó ni exhaló el mas leve gemido; pero se estremeció convulsivamente y arrojó por la boca una gran cantidad de negra sangre, y luego abrió los brazos y dejó caer la cabeza sobre un hombro. Acababa de espirar.

Rodrigo lo dejó caer al suelo, y volvió á decir: —¡Dios te perdone, desdichado!

Las cuatro personas que con tan atormentadora ansiedad habian presenciado la lucha, se arrojaron á la vez en brazos del bastardo, mientras que dejaban escapar un grito de júbilo.

Largo rato pasó sin que la emoción que sentían permitiese á ninguno de ellos hablar.

Al fin la doncella, dejándose caer de rodillas y cruzando las manos, exclamó:

—¡Bendito seas, Dios santo!

—¡Cuánto os debo! murmuró el infante.

—No provoquéis muchas veces la fortuna, dijo severamente don Alonso.

El mancebo, entretanto, apretaba las manos de su amigo y lo contemplaba con admiracion y con noble envidia.

—Entremos en la cueva, y esperemos á que llegue el dia, dijo Rodrigo. No es prudente que nos internemos otra vez de noche en la espesura. Además, doña Sol necesita reposo.

—Y nosotros tambien! —Dios te perdone como yo
 En aquel momento llegó hasta allí el eco de la campana de un convento cercano, y el jumento del Brujo hizo estremecer la caverna con un rebuzno sonoro y prolongado.

Eran las doce. Nuestros amigos bajaron al aposento de los corazones. Sol apenas podia dar un paso; habia sufrido mucho para sus débiles fuerzas.

Sentáronse alrededor del hogar, que seguia esparciendo los resplandores rojizos de sus vacilantes llamas, y el calor reanimó sus miembros, que habian comenzado á estremecerse con el frio de la montaña.

—Estás pálida, dijo el infante á Sol con el cariño de un padre que abraza á su hijo despues de haberlo llorado perdido. Tiembles... procura reanimarte, porque ya no hay peligro alguno, estás á mi lado entre tus amigos, y pronto verás á tu madre.

—¡Pobre madre mia! exclamó la doncella, de cuyos ojos brotaron dos raudales de lágrimas. ¡Cuánto debe sufrir, cuánto debe llorar!... ¡Ah! si me hubiese visto á merced de ese desdichado y en este lugar!... ¡Qué horror!... Padre mio, no esperemos aquí mas tiempo del que tarde en asomar la aurora.

—¿Qué temes?

—Mirad... ¿No veis esos despojos de los infelices que perecieron á los golpes del asesino?

—Y la jóven señaló los corazones de los que habian entonado bajo sus ventanas tiernos romances de amor.

—Tengo miedo, añadió, tengo miedo... Y—

—Sosíégate, olvida esos tristes sucesos: á tu lado está don Juan Alfonso que te ama...

—También pudo ser víctima de aquel desdichado... ¡Dios perdone sus crímenes!

Rodrigo y don Alonso terciaron en la conversacion, pero alejándola de tan tristes recuerdos, consiguiendo al fin reanimar á la doncella.

Pasó aquella noche, que fué para ellos un siglo, y apenas los crepúsculos de la mañana comenzaron á espareir su claridad, nuestros amigos salieron de la caverna y encontraron en sus puéstos á los escuderos, que habian quedado guardando la entrada, y que no pudieron menos de esclamar alegremente al ver á sus amos sanos y salvos.

Mas de una hora les costó salir de la espesura, porque Sol no podia dar un paso entre las zarzas sin herirse los piés, las manos y el rostro; pero unas veces en brazos de su padre, otras apoyada en un hombro de este, se encontraron al fin en la llanura.

El infante colocó sobre el arzon á su hija, hasta que llegasen donde poder tomarle un caballo, y todos se despidieron de aquel lugar con lágrimas, como si en él se dejasen la felicidad.

—Esperad un momento, dijo Rodrigo.

Y volvió la rienda.

—¿A dónde vais?

—¡Por mi vida!... ¿No veis que estoy desarmado?

—¿Y quereis encontrar vuestra espada?

—Y mi daga tambien, y el cuchillo del Brujo, que es el trofeo de mi victoria.

Partió el bastardo como una centella, y pocos minutos despues volvió con sus armas y blandiendo el ensangrentado cuchillo del Brujo.

—¿No os causa horror?

—Hubiera dado por él cien dóblas de oro.

—¡Raro capricho!

—En marcha.

—Dios nos acompañe!

Y picando á los corceles, se pusieron en camino y pronto se perdieron de vista.



—¿Dónde vais?

—Por mi vida... ¿No veis que estoy desarmado?

—¿Y queréis encontrar vuestra espada?

nuevas rebeliones que pudiera suscitar la irritación de su nobleza que no era de su bando. Y en efecto, el tercer se apoderó de todos los ánimos; y cuando vio al monarca presentar el terrible castigo sin que se alzase su rostro infantil, con una tranquilidad que así asistiese á una fiesta, se convencieron que para aquel exterior débil se escondía un corazón de piedra, en una fría y que una vez dado el primer paso en imponer sentencias de muerte, no retrocedería.

Las cabezas de los reyes, Segunda justicia del rey, fueron puestas sobre un tablado frente á la morada real.

Habia llamado la atención del pueblo, y era objeto de todas las conversaciones, la desaparición de los cuatro capellanes, pues el rayo de Sol era un secreto para todo. Mientras que tenían lugar los sucesos que acabamos de referir, en la corte habia gran conmoción. Don Enrique de Alvarado habia muerto á consecuencia de la herida que recibió en el torneo, y el rey habia mandado hacer muchas prisiones, con ánimo resuelto de castigar á los ambiciosos traidores que habian querido atentar contra su vida y tenían los reinos en continua agitación.

Las órdenes del monarca fueron ejecutadas con rapidez y acierto, sin dar lugar á los criminales para que huyesen; y aunque no á todos los conspiradores se les pudo probar su delito, siete, al menos, de los señores mas principales, fueron sentenciados á muerte. Contra la creencia general, esta sentencia se ejecutó sin que Fernando IV se detuviese ante la consideración de las

nuevas rebeliones que pudiera suscitar la irritacion de la nobleza que no era de su bando. Y en efecto, el terror se apoderó de todos los ánimos; y cuando vieron al monarca presenciarse el terrible castigo sin que se alterase su rostro infantil, y con la misma tranquilidad que si asistiese á una fiesta, se convencieron que bajo aquel exterior débil se abrigaba un corazon de piedra, un alma fria, y que una vez dado el primer paso en imponer sentencias de muerte, no retrocederia.

Las cabezas de los traidores, clavadas en picas, fueron puestas sobre un tablado frente á la morada real.

Habia llamado la atencion del pueblo, y era objeto de todas las conversaciones, la desaparicion de los cuatro caballeros, pues el rapto de Sol era un secreto para todo el mundo. Quién creia que habian ido á hacer nuevas prisiones, quién aseguraba que don Alonso, su hijo y el bastardo habian llevado al infante de orden del rey para encerrarlo en algun castillo, y hacian otros mil comentarios; de manera, que cuando nuestros amigos entraron en Valladolid, siguiéronles por todas partes miradas curiosas, tanto más, cuanto nadie acertaba á comprender por qué Sol formaba parte de la cabalgata.

Eran las once de la mañana: el sol brillaba en un cielo puro y trasparente, y los cuatro caballeros con la doncella, seguidos de los cuatro escuderos, se dirigieron al palacio del monarca.

En los rostros de todos ellos se revelaba la mas viva alegría; pero al ver las siete cabezas estremecieronse, y sus miradas aparecieron sombrías por un instante.

—¡Qué horror! exclamó la doncella.

—¿Qué significa esto? preguntó sorprendido el infante.

—No sé, contestó Rodrigo; pero probablemente el rey habrá hecho su segunda justicia, y esas cabezas deberán ser de nuestros primeros nobles.

—Mirad, dijo don Alonso, y vereis pintado el terror en todos los semblantes. No os equivocais, don Rodrigo; esas cabezas son de muy noble estirpe.

Apresuraron la marcha, deseosos de saber lo que había sucedido, y llegaron al palacio.

El monarca los recibió con muestras de la mas viva alegría, les hizo referir todo lo ocurrido en la caverna del Brujo, y luego les dijo:

—Pues yo tambien tengo que comunicaros buenas noticias: mis reinos están en paz, y dentro de pocos dias iremos á reparar en nuestras fronteras los descalabros que hemos tenido. Preparaos, pues, Rodrigo, para dar á los moros abrazos como el que habeis dado al Brujo; y vosotros, mi amada prima doña Sol, y don Juan Alfonso, os casareis pasado mañana.

—¡Señor! exclamó el mancebo inclinando la cabeza.

—Ahora, mi querido tio don Juan, os diré una cosa. Sé que estábais á la cabeza de los traidores y conspirábais contra mí: tengo pruebas de ello, y por consiguiente, vuestra cabeza debe estar con las siete que ya habeis visto; pero seré padrino de vuestra hija, y cuando se case le daré por dote vuestro perdon. Este acto de clemencia es el primero de mi vida, y será el último, porque no me siento inclinado á ser clemente.

Iba el infante á contestar, pero el monarca le interrumpió diciendo:

—No hablemos mas de esto: voy á mandar que se quiten esas cabezas, para que no os recuerden nada desagradable. Os perdono de corazon, no como otras veces.

—Señor, contestó el infante, he visto la mano de Dios, he reconocido mis errores y mis faltas, y vuestro perdón y el del noble don Alonso Perez de Guzman me son necesarios si he de vivir tranquilo.

—El mio lo teneis, contestó Fernando IV.

Don Alonso tendió los brazos al infante.

—¡Vais á ser el segundo padre de mi hijo! exclamó el caballero.

Algunas frases mas de cariño y ternura se cruzaron, y luego, despidiéndose del rey, salieron los viajeros del palacio y se retiraron á sus casas.

La alegría que experimentó la esposa del infante al volver á ver á su hija, es indecible: al verse, abrazáronse, y mientras que de sus ojos brotaban abundantes lágrimas, se les oyó decir con acento abogado por la emocion:

—¡Hija mia!

—¡Madre mia!

—¡Castilla y don Fernando! esclamaba don Juan Alonso, que seguía á su padre y llevaba un hacha en la mano.
—¡Perros! gritaba Rodrigo. ¡Todos á matar! ¡Co-

Y descargando terribles golpes con una maza, sembraba el campo de cadáveres. Capexas eran luego aplastadas por su negro puño.

EPILOGO.

No menos bravo el infante don Juan, que peleaba con todo el ardor de su iracundo carácter. Al fin se oyó aclamar la victoria, entró la confusión y el espanto en las mahometanas huestes, y el estandarte de Castilla tembló gloriosamente.

Empero cuando don Alonso levantaba los ojos al cielo para darle gracias por aquel triunfo, una flecha en-

Al año siguiente, las armas de Castilla atravesaron las fronteras, tomando á los moros pueblos y fortalezas.

Las intestinas discordias habian terminado, y las ambiciones iban á buscar el logro de sus ardientes deseos á los campos de batalla.

Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, su hijo, Rodrigo y el infante, habian rivalizado en valor, y su gloriosa fama aumentó rápidamente.

Era un hermoso dia de primavera, sereno y puro, y el ejército cristiano llevaba ya dos horas de obstinada lucha con el moro.

Aun no se habia decidido la victoria.

—¡Por Dios y por la patria! gritaba don Alonso Perez de Guzman en lo mas recio de la pelea y mientras alanceaba mahometanos.

—¡Castilla y don Fernando! esclamaba don Juan Alfonso, que seguía á su padre y blandía un hacha.

—¡Perros! gritaba Rodrigo. ¡Todos á mí!... ¡Cobardes!...

Y descargando terribles golpes con una maza, sembraba el campo de cadáveres, cuyas cabezas eran luego aplastadas por su negro potro.

No menos hacia el infante don Juan, que peleaba con todo el ardor de su iracundo carácter.

Al fin se oyó aclamar la victoria, entró la confusión y el espanto en las mahometanas huestes, y el estandarte de Castilla tremoló gloriosamente.

Empero cuando don Alonso levantaba los ojos al cielo para darle gracias por aquel triunfo, una flecha enemiga atravesó su pecho, y cayó espirante del caballo.

Su hijo, el infante y el bastardo acudieron á socorrerlo, pero el noble señor estaba espirando, y no tuvo tiempo mas que para decir:

—Hijo mio, antes que la vida, es Dios, la patria y la honra. Te dejo un nombre glorioso.... consérvalo sin mancha.... Yo te bendigo....

—¡Padre mio!...

—Infante, añadió el moribundo caballero, os encomiendo á mi hijo.... Adios, hijo mio....

Así concluyó su gloriosa vida don Alonso Perez de Guzman el Bueno, cuyo heroico valor y patriotismo no tienen ejemplo en la historia.

En cuanto á los demás personajes de esta historia,

nada tenemos que añadir que no adivine el lector. Don Juan Alfonso se habia casado con doña Sol, y la felicidad de ambos era completa.

El infante no volvió á conspirar contra su rey, y aunque se creyó que no era todo virtud, sino temor, nosotros pensamos de distinto modo: el peligro en que se vió su hija debió hacerle reconocer sus pasadas faltas, y la noble conducta de don Alonso y el generoso perdon de Fernando IV, fueron sin duda para él un freno á sus malos instintos. Lo cierto es que prestó muchos y muy buenos servicios en la guerra que se siguió contra los moros, y que fué para el hijo de Guzman un verdadero padre.

De Rodrigo solo tenemos que decir, que su nombre llegó á ser el terror de los mahometanos y el sosten mas firme del monarca.

Por lo que respecta á la caverna del Brujo, la tradicion habla por nosotros. Muchos años despues, aseguraban los pastores y labriegos de aquellos contornos, que á las doce de la noche en punto, resonaba en la cumbre el rebuzno del negro jumento, como si llorase la muerte de su amo. Tambien aseguraban que algunas noches habian visto destacarse de la blancura de la nieve, y al borde de la cortadura, una forma negra que permanecia inmóvil largo rato, y luego se evaporaba como el humo, y creian que debia ser el asesino que saliese del infierno para llevar de comer á su inseparable compañero el asno. Aun hoy dia se encuentran supersticiosos campesinos que no se atreven á

entrar en una cueva que se vé, y que llaman la del Brujo.

Esta tradicion fué la que nos indujo á revolver empolvados pergaminos, hasta dar con la historia de los amores de don Juan Alfonso y doña Sol, que no hemos hecho mas que copiar, dándole las formas del lenguaje moderno.



ÍNDICE

CAPÍTULO IX.—Sociedades de hombres y mujeres con que se convene á una dama.	79
CAP. X.—De la conversacion que tuvieron don Juan y doña Sofía.	89
CAP. XI.—De cómo fué muy acertado y muy prudente el consejo que dió á don Juan el escudero.	99
CAP. XII.—La madre y la hija.	109
CAP. XIII.—Un nuevo personaje.	125
DE LOS CAPÍTULO CONTENIDOS EN ESTA SEGUNDA ÉPOCA.	
CAP. XIV.—El palacio del brujo.	131
CAP. XV.—El brujo.	139
CAP. XVI.—De cómo no siempre es que siempre cogemos.	147
CAP. XVII.—En tercero en discordia.	155
CAP. XVIII.—Cómo se encuentra don Juan Alfonso.	167
CAP. XIX.—Donde se ve que el Brujo tenía razón al tener á las uerzas del bastardo.	177
CAP. XX.—Donde volveremos á ver á nuestros amigos con elida Violante.	185
CAP. XXI.—La reina del rey niño.	193
CAPÍTULO PRIMERO.—De cómo á don Alonso Perez de Guzman el Bueno, le tocaba siempre habérselas con el infante don Juan.	
CAP. II.—El Brujo.	49
CAP. III.—Tras un suspiro un romance, y tras el romance el corazon.	25
CAP. IV.—De cómo hablaba don Alonso de sus enemigos.	33
CAP. V.—De cómo don Alonso Perez de Guzman, era digno de llamarse el Bueno.	43
CAP. VI.—Que dice algunas cosas, si no de mucha importancia, que sirven al menos para no dejar cortado el hilo de nuestra historia.	55
CAP. VII.—Primero el deber, luego el amor; antes el rey que la dama.	67
CAP. VIII.—Donde el lector volverá á ver á la reina doña Maria, y conocerá á don Fernando IV.	73

Páginas.

CAPÍTULO IX.—Sospechas de Rodrigo, y razones con que se convence á una dueña.	79
CAP. X.—De la conversacion que tuvieron don Juan y doña Sol.	89
CAP. XI.—De cómo fué muy acertado y muy prudente el con- sejo que dió á don Juan Alfonso su escudero.	99
CAP. XII.—La madre y la hija.	109
CAP. XIII.—Un nuevo personaje.	125
CAP. XIV.—Lógica de un escudero.	151
CAP. XV.—El palacio del Brujo.	159
CAP. XVI.—De cómo no siempre el que siembra coge.	147
CAP. XVII.—Un tercero en discordia.	155
CAP. XVIII.—Cómo se encontraba don Juan Alfonso.	167
CAP. XIX.—Donde se verá que el Brujo tenía razon al temer á las fuerzas del bastardo.	177
CAP. XX.—Donde volveremos á ver á nuestra antigua cono- cida Violante.	185
CAP. XXI.—Justicia del rey niño.	193
CAP. XXII.—De cómo Rodrigo se despidió de doña María Diaz y de don Juan Alfonso y partió para Leon.	211
CAP. XXIII.—Donde el rey niño se presenta como viejo corte- sano.	224
CAP. XXIV.—Siguen las conspiraciones.	231
CAP. XXV.—De lo que aconteció á Rodrigo en su viaje á Leon.	239
CAP. XXVI.—Buenas intenciones del infante don Juan y de sus amigos.	251
CAP. XXVII.—Sorpresa del infante don Juan.	257
CAP. XXVIII.—El pacto.	269
CAP. XXIX.—Preparativos de don García para cumplir lo paco- tado.	281
CAP. XXX.—De cómo Fernando IV dió á Nuño el papel de rey y á Rodrigo el encargo de médico.	295
CAP. XXXI.—Del resultado que dió la visita de Rodrigo.	311
CAP. XXXII.—De cómo en el pecado llevó Nuño la penitencia.	321

CAPÍTULO XXXIII.—Sorpresa tras sorpresa: intriga tras intriga.	331
CAP. XXXIV.—Siguen las intrigas.	341
CAP. XXXV.—De lo que sucedió entre don Alonso y su hijo.	351
CAP. XXXVI.—La delacion.	365
CAP. XXXVII.—Donde podrá conocerse la dulzura paternal del infante.	373
CAP. XXXVIII.—De cómo don Alonso no había pensado sacrificar á su segundo hijo.	379
CAP. XXXIX.—Cómo empezó á dar resultados la intriga de don Enrique.	387
CAP. XL.—Donde volveremos á ver á Esther.	397
CAP. XLI.—La reina y Esther.	403
CAP. XLII.—Cómo el rey se mostró inflexible, y desesperada Esther.	411
CAP. XLIII.—De cómo doña María comenzó á cumplir su promesa.	419
CAP. XLIV.—De la entrevista de Esther con Rodrigo.	431
CAP. XLV.—De cómo don Alonso empezó á tomar parte activa en el asunto de Rodrigo.	439
CAP. XLVI.—De cómo las esplicaciones enredaron mas el asunto.	451
CAP. XLVII.—De cómo el rey favorecía sin querer á los conspiradores.	457
CAP. XLVIII.—Enredos contra enredos.	467
CAP. XLIX.—Lo que sucedió en el torneo.	473
CAP. L.—Lo que sucedió despues del torneo.	495
CAP. LI.—Cómo se encontraba Sol.	505
CAP. LII.—De abajo arriba.	513
CAP. LIII.—De cómo la doncella demostró ser bastante ingeniosa.	523
CAP. LIV.—Cómo llegó el escrito á manos de los caballeros.	531
CAP. LV.—Donde no quedará satisfecha la curiosidad del lector, si alguna tiene.	539

CAPÍTULO LVI.—Donde se dirá lo que había sucedido al infante.	547
CAP. LVII.—Nuevas tentativas de los tres caballeros para dar caza al Brujo.	555
CAP. LVIII.—De la horrible alternativa en que se vió la doncella.	563
CAP. LIX.—De cómo la llegada de los tres caballeros puso en mayor peligro á Sol.	571
CAP. LX.—Segunda justicia del rey.	591
EPÍLOGO.	59
CAP. XI.—Donde volveremos á ver á Esther.	397
CAP. XII.—La reina y Esther.	403
CAP. XIII.—Cómo el rey se mostró inflexible y despreciado Esther.	411
CAP. XIV.—De cómo doña María comenzó á cumplir su promesa.	419
CAP. XV.—De la entrevista de Esther con Rodrigo.	431
CAP. XVI.—De cómo don Alonso empezó á tomar parte activa en el asunto de Rodrigo.	439
CAP. XVII.—De cómo las aplicaciones embobaron más al asunto.	451
CAP. XVIII.—De cómo el rey favorecía sin querer á los condes.	457
CAP. XIX.—Enredos conde conde.	467
CAP. XX.—Lo que sucedió en el torneo.	473
CAP. XXI.—Lo que sucedió después del torneo.	495
CAP. XXII.—Cómo se encontraron Sol.	507
CAP. XXIII.—De abajo arriba.	513
CAP. XXIV.—De cómo la doncella demostró ser bastante ingeniosa.	523
CAP. XXV.—Cómo llegó el escrito á manos de los caballeros.	531
CAP. XXVI.—Donde no quedará satisfecha la curiosidad del lector, si alguna tiene.	539

PLANTILLA

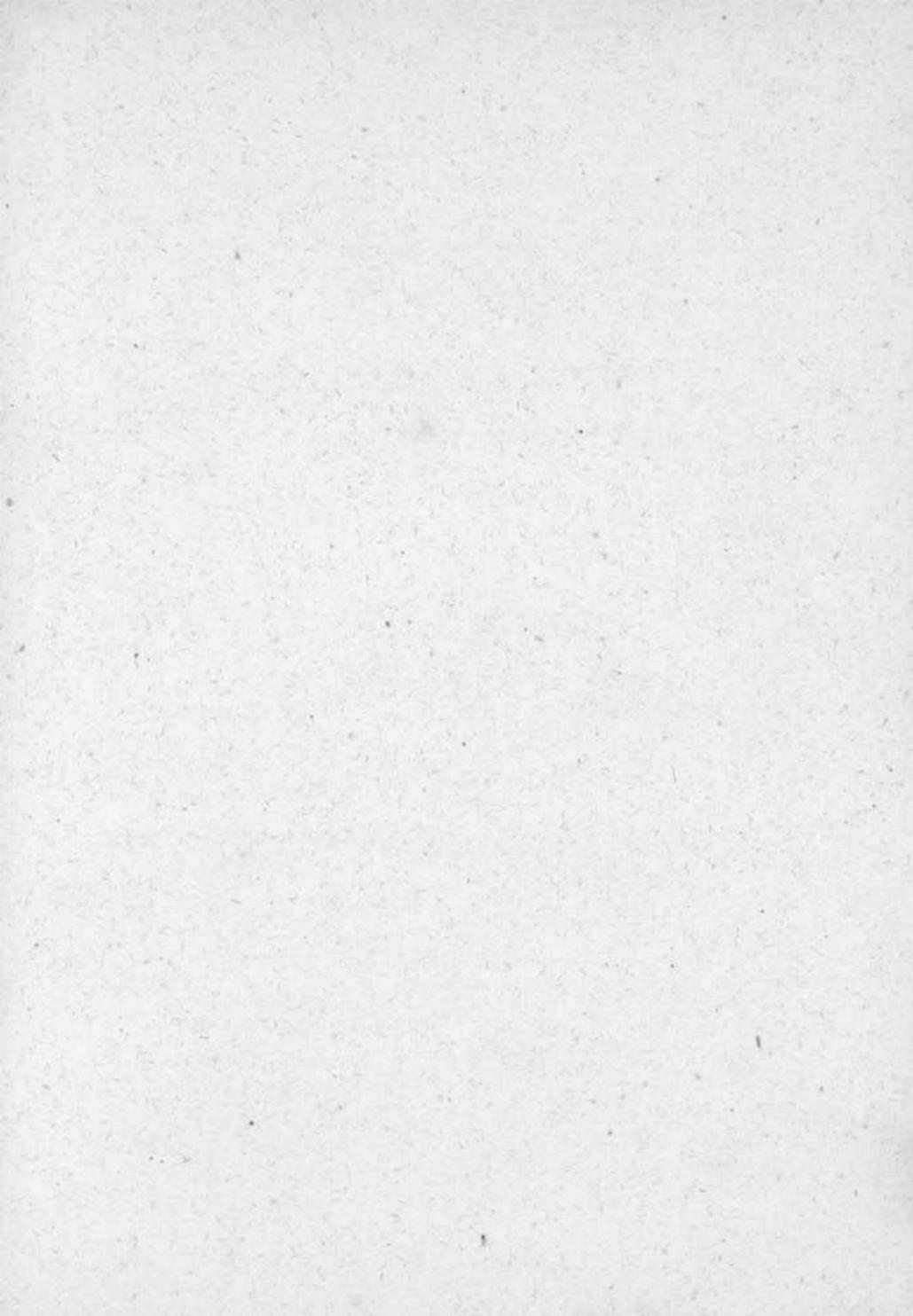
PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

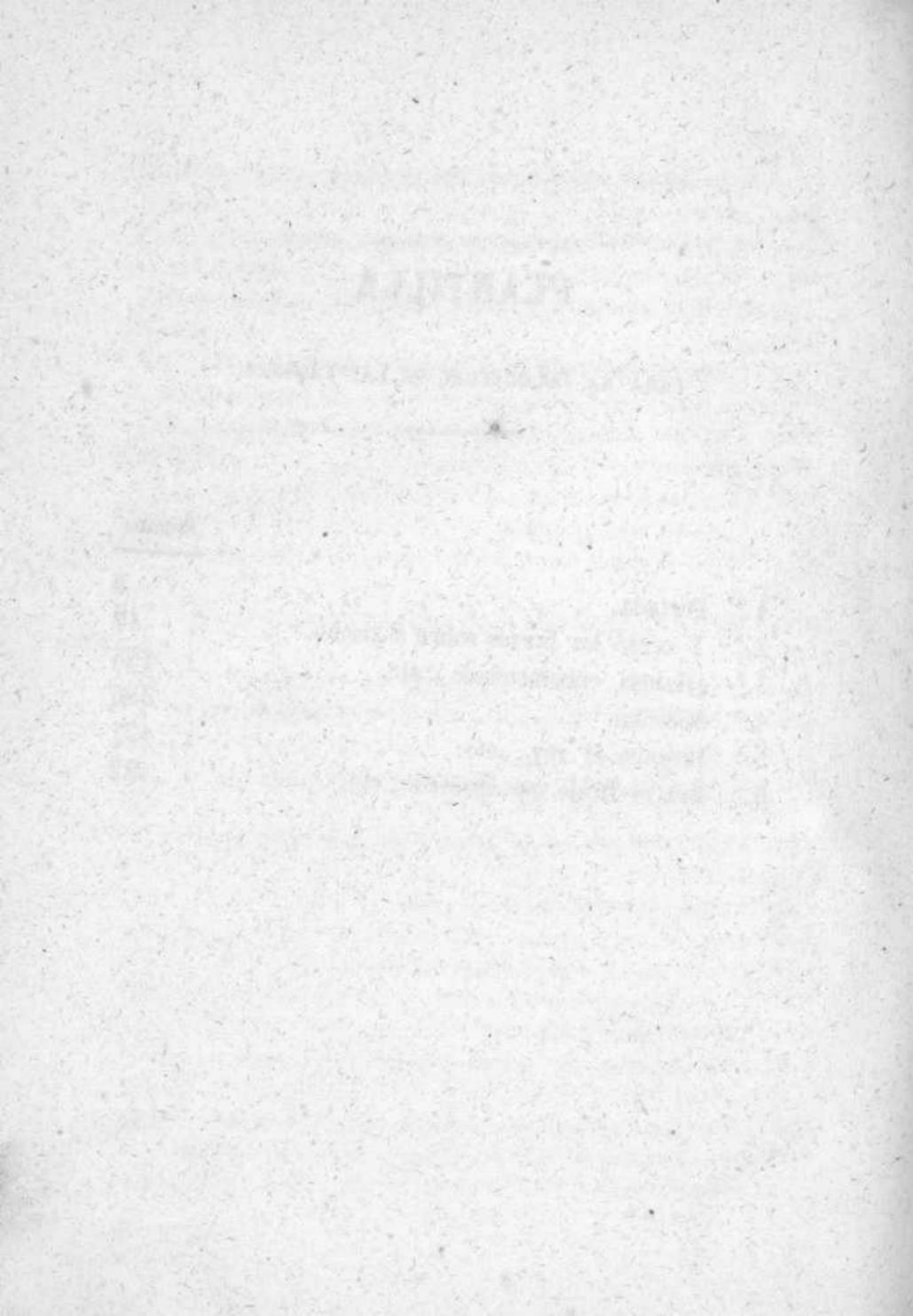
	<u>Páginas.</u>
1. ^a Portada.	5
2. ^a Y cruzó los brazos sobre el pecho.	47
3. ^a ¿Habeis encomendado, etc.	165
4. ^a Miradla.	336
5. ^a Llegaba el rey, etc.	477
6. ^a Era el Brujo que montado, etc.	492

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

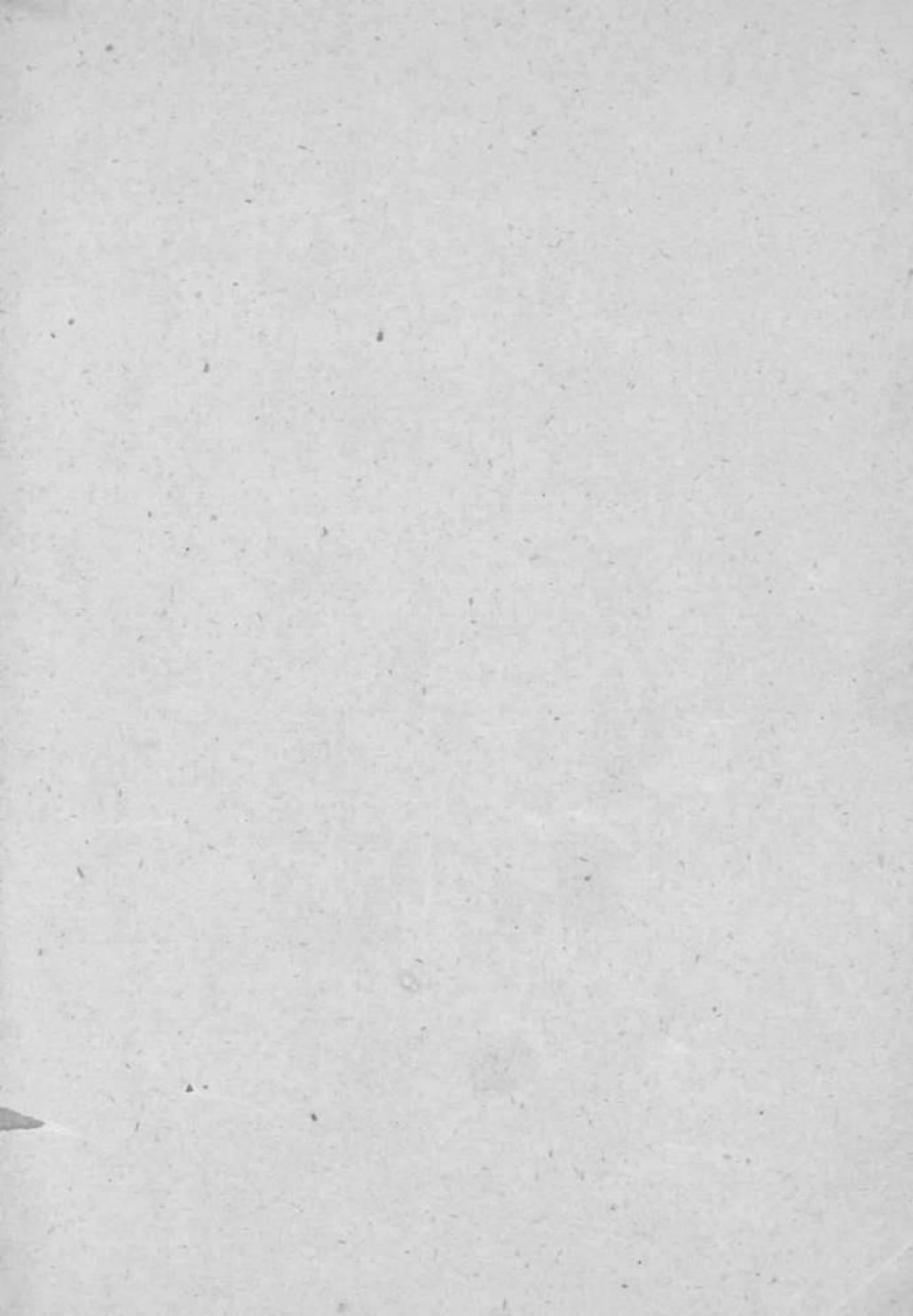
5	1.° Portada
47	2.° Y cruzó los brazos sobre el pecho
108	3.° Habéis encomendado, etc.
330	4.° Miradla
477	5.° Llegas el rey, etc.
492	6.° Era el Brño que montado, etc.















2 vols

2



Guzman
El Bueno

EPO

9205